

to judío, la angustia del hombre contemporáneo— y concluir analizando la realidad de Cristo, alfa y omega. Los autores son todos ellos profesores en centros docentes italianos. Y el resultado final de su esfuerzo es una obra breve pero sugerente.

J. L. Illanes

César Augusto FRANCO MARTÍNEZ, *Jesucristo, su Persona y su obra, en la Carta a los Hebreos. Lengua y cristología en Heb 2, 9-10; 5, 1-10; 4, 14 y 9, 27-28*, Ed. Ciudad Nueva, Fundación San Justino, (Colección «Studia semitica Novi Testamenti»), Madrid 1992, 421 pp., 15 x 20.

La Colección «Studia semitica Novi Testamenti», de la que este libro es el primer volumen, tiene como hilo conductor de sus trabajos el estudio del sustrato semítico del Nuevo Testamento. «Los estudios que esta colección desea promover —leemos en la presentación que de ella hace Mons. Francisco Javier Martínez—, quieren afrontar los problemas históricos sin ningún temor, y en el terreno mismo de la razón histórica, y con los métodos de la ciencia histórica» (p. 15). Se trata, pues, de estudios de gran nivel filológico, pero que no se circunscriben a la pura filología, sino que, desde todos los puntos de vista, tratan de arrojar luz sobre pasajes difíciles del Nuevo Testamento a los que la tradición exegética actual no halla fácil solución. Para ello tienen en cuenta, y usan en cierta medida, los distintos métodos con que la ciencia se ha acercado a ellos.

El libro de Franco Martínez es buen exponente de este planteamiento y de estos empeños. El A. escoge tres pasajes difíciles de la Carta a los He-

breos, para esclarecerlos especialmente desde un preciso estudio filológico y enmarcándolos en la perspectiva cristológica de la Carta. Ambos aspectos del trabajo son de gran importancia. En primer lugar, la perspectiva cristológica. El A. subraya que este libro del Nuevo Testamento «es, ciertamente, un tratado de cristología cuidadosamente estructurado, que presenta la persona y la obra de Jesús desde una perspectiva: la sacerdotal. Su originalidad reside en mostrar que la obra salvífica de Cristo, culminada por la muerte y la resurrección, instaure un culto nuevo que clausura y supera el culto levítico» (p. 55). En efecto, como hace notar el A. citando a A. Vanhoye, «revelando explícitamente el carácter sacerdotal del misterio de Cristo, la Epístola a los Hebreos ha esclarecido de manera nueva el conjunto de la cristología. Las categorías sacerdotales se han mostrado divinamente preparadas para dar una inteligencia más precisa y más profunda de las riquezas de Cristo, que superan con toda evidencia los límites del mesianismo real. Pero hay que hacer también la afirmación inversa: iluminada por el misterio de Cristo, la idea que se tenía del sacerdocio aparece transformada y profundizada de manera asombrosa» (p. 57).

En la Carta a los Hebreos se muestra con especial nitidez la mutua relación existente entre cristología y soteriología, entre la Persona de Cristo y su oficio sacerdotal. Este oficio sacerdotal sólo puede ser entendido desde la correcta intelección de la Persona de Cristo y, al mismo tiempo, la consideración de la Persona de Cristo redimensiona la idea del sacerdocio que los primeros cristianos heredan del judaísmo. Ambas perspectivas se encuentran perfectamente equilibradas en las páginas de Hebreos. En este sentido, es elocuente el recurso que hace Hebreos del Salmo

110 —Salmo del Mesías Rey y Sacerdote—, y de la figura, también sacerdotal y regia, de Melquisedec, mostrando así cómo la cristología incide en el mismo concepto de sacerdocio.

Franco Martínez ha elegido para su estudio tres pasajes que encierran conocidas dificultades lingüísticas y que tienen en común el hecho de que muestran con claridad que el sacerdocio de Jesús está enraizado en su propia existencia. Los tres pasajes analizados no sólo poseen el atractivo de su dificultad lingüística sino que tienen también el atractivo de expresar tres aspectos claves del sacerdocio de Cristo. En Heb 2, 9-10 se muestra a Jesús como guía de la salvación, gracias a que gustó la muerte por todos; en Heb 5, 1-10 se destaca, entre otras cosas, que el sacerdocio no ha sido usurpado por Cristo, sino que le fue otorgado por Dios y se habla de la oración «no escuchada» de Jesús; en Heb 4, 14 y 9, 27-28 nos encontramos ante la perspectiva del sacerdocio celestial de Cristo.

El A. lleva a cabo su trabajo con tenacidad y rigor, ofreciendo al lector no sólo un pormenorizado análisis de estos pasajes, sino presentando también una solvente panorámica de las principales interpretaciones y lecturas que estos textos han recibido especialmente en estos últimos decenios. Se confirma una vez más que en Hebreos «late una cristología primitiva, muy semejante incluso en su formulación a la que aparece en confesiones de fe y fórmulas cristológicas de otros escritos del Nuevo Testamento» (p. 385). A partir de esta confirmación, se está en la mejor condición para prestar en estudios posteriores una mayor atención al Salmo 110 y a la figura de Melquisedec que la que se les da en estas páginas. El Salmo 110 sólo es citado tres veces, y la figura de Melquisedec tampoco ocupa un lugar importante. Es posible que esta mayor

atención arroje nueva luz sobre el hecho que ya señalaba A. Vanhoye: que la idea de sacerdocio recibe una profunda transformación en Hebreos al ser iluminada y profundizada a la luz del misterio de la Persona de Cristo. Esta transformación pedía recalcar el entronque del sacerdocio de Cristo con el sacerdocio de Melquisedec. Y al mismo tiempo la atención que la figura de Melquisedec recibe en la literatura intertestamentaria confirmaría esta afirmación del A., cargada de ricas consecuencias: «la presentación de Jesús en Hebreos es inexplicable sin referencia a la cristología de la Iglesia primitiva en donde la obra de Jesús es interpretada de tal forma que justifica el que el autor de Hebreos la explicita sirviéndose de categorías sacerdotales» (p. 387).

Lucas F. Mateo-Seco

James A. Loader, *A Tale of Two Cities: Sodom and Gomorrah in the Old Testament. Early Jewish and Early Christian Traditions*, («Contributions to Biblical Exegesis and Theology», 1), Kok, Kampen 1990, 150 pp, 15 x 23.

Sodoma y Gomorra han sido símbolo de la malicia suprema del hombre y del supremo castigo que Dios inflige. Loader pretende en esta monografía responder a dos grandes cuestiones: primera, si en el A.T. existe una o varias tradiciones del relato de Sodoma y Gomorra, deducibles a partir del texto de Gen 18-19; segunda, si esta tradición ha influido en la literatura judía y cristiana en cuanto al pecado y en cuanto al castigo.

Para dar respuesta a este planteamiento el A. distribuye el trabajo en cuatro apartados, precedidos de una introducción interesante (pp. 11-14), en la